

La vieja del nacimiento

CUENTO ORIGINAL

I

Llevaba hacía ya tres años una monótona vida a bordo; el pilotó, jugador de ajedrez; el agregado, amante de la música, hábil tañedor de la guitarra, y el capellán, andaluz gracioso e ingenioso narrador de cuentos, ya no servían en el buque; habían sido relevados por otros oficiales, hombres secos, marinos que no amaban sino la mar, ni conocían otro lenguaje que el necesario para mandar las maniobras. El capitán seguía siendo, como siempre, un hombre huraño, que casi sólo se hacía entender por ademanes y gesticulaciones; yo me aburría de un modo que daba compasión pensarlo, porque ni aun en el ejercicio de la medicina tenía, ni muchas ocasiones, ni caso alguno importante que ofrecieran motivo para distraerme con el trabajo o el estudio; la gente era joven y saludable, hombres vigorosos para los cuales yo solo era como un personaje destinado a pura ceremonia.

Alguna que otra herida, alguna contusión, algún dislocamiento causados en las maniobras me obligaban de tiempo en tiempo a abrir el estuche y emplear el botiquín. Nada, que me fastidiaba verdaderamente.

Leyendo algunas noveluchas francesas, fumando sin descanso, contrapesaba el premioso estudio de grandes libretos de patología o de revistas y monografías clínicas que compraba en Liverpool o en el Havre. Con todo esto alimentaba mi espíritu, entregándome a devorar un farrago de obras materialistas que iban haciendo cada vez más tediosa mi vida en aquella celda de mi camarote, en aquel claustro movable y danzante por el traqueteo de las olas.

¿Queréis que os diga cuáles eran de vez en cuando mis consuelos? Tan sólo si el bergantín hacía escala en algún puerto importante en cuya población hubiera teatro de ópera, acudía a él algunas noches para sensibilizar mi endurecido corazón y avivar un poco mi apagada fantasía oyendo las óperas del viejo repertorio.

Yo no puedo negaros que allá en mis épocas de estudiante había sido un poco músico, y aun había dado en el romántico capricho de regalar ramos de flores a las lindas muchachas; aun creo que llegué a rondar a la luz de las estrellas la casa de una jovencita ideal, y hasta aseguro que yo gustaba de los poetas y tenía un poquito de creyente y aun algo de supersticioso; pero al fin me curé de todo esto, metí mi cuerpo en un molde duro, encerré mi ánimo en una precisa y recia prisión y me convertí en un bestia sabio.

Hasta que al fin el aburrimiento me hizo sospechar que yo mismo me había sometido a un bárbaro martirio y que me había deformado monstruosamente.

Uno de los días en que me hallaba más tedioso y enojado conmigo mismo, y fumando tendido en la litera miraba a través del cristal de la porta de luz la danza de las olas, penetró en mi camarote el viejo contra maestre, que, mostrándome una de sus terribles manazas, me señaló la parte que sentía dolorida por el crónico reumatismo.

—Vaya, déjeme en paz, Miguelote; frótese ahí bien por las noches con aceite y amoniaco. ¿Qué se va a hacer con un barco viejo que ya hace muchos años que debiera estar en seco, sirviendo, a lo más, de guarida a los cangrejos? Pida el retiro y váyase al campo a oír cantar a los grillos y a jugar con los nietos.

—Eso haré yo, señor médico, que ya cumplí los sesenta y siete, y en cuanto llegue a Lisboa voy a pedir al armador mis ahorros de cuarenta años, y en seguida me iré a Castilla, al mismo Aldemora, al pie de la iglesia

donde me bautizaron y a dos pasos del cementerio donde me han de enterrar si, como yo espero, quiere Dios que no me coman los peces y me reserva como pastel para los gusanos.

—¿Tiene familia en el lugar?—le pregunté.

—Hija casada y con hijos, aquello ha de ser la gloria; la que puede gozarse en acabando la vida de la mar, no la que hay después de la vida de este mundo.

—De modo que usted cree en todas esas cosas—le dije desdeñosamente.

—Pues no, si no creyera sería un bestia; ¿para qué querría yo vivir? Sería, sería como una piedra, como un corcho, sin reír ni llorar ni sentir cosa alguna. Un bestia, un bestia.

Voy creyendo que tiene razón, pensé yo. Y me distraje recordando a mi hermano que había muerto lleno de gloria como escultor notable, cuya vida fue siempre un perpetuo culto a los grandes ideales, y dichosa, según él decía, y cuya muerte fue, sin duda, el término del último instante más feliz de su existencia.

Miguelote, a quien yo escuché con sosegada delectación, me habló de nuestro país, me habló de su familia, de las costumbres y tradiciones de su pueblo, de creencias y esperanzas santas, y concluyó invitándome a pasar una temporada en Aldemora, no lejos de Villapinar, pueblo donde yo había nacido.

II

Halléme en Aldemora pasando el mes de diciembre en casa del buen contra maestre, a cuyos nietos había yo llevado, entre otros juguetes, un nacimiento y una caja de figuritas de barro para el mismo, cuyos moldes habían sido obra de mi hermano el escultor cuando éste era aún modelador principiante de la Escuela de Bellas Artes.

La nieve cubría la sierra y el valle, el frío era glacial; tan sólo los aguzanieves y las graciosas caperuzonas re-

voloteaban por las peñas y las ramas. Los hambrientos alcotanes y las altivas águilas volaban en anchos círculos bajo el grisáceo cielo avistando en tierra sus presas. El ruido de las campanillas y cencerros del ganado, la alegre fogata de la cocina, la alegría patriarcal de Miguelote, sus hijos y sus nietos, todo aquello me recordaba mi infancia, la casa que en mi pueblo hallé vacía, y casi estaba a punto de sentir la dulzura de tiernas afecciones y el encanto de inocentes pensamientos.

Divertidos estábamos ya en la noche de Navidad poniendo el nacimiento, encendiendo su sencilla luminaria y colocando las figurillas del retablillo, cuando uno de los niños, nieto de Miguelote, cogiendo en sus manos la figurita de una vieja del nacimiento, exclamó con jubilosa sorpresa:

—Miren, es tía Claudia, tía Claudia.

—Sí que es tía Claudia—exclamó el padre fijándose en la figurilla.

—Es verdad, es su retrato—añadió con asombro la madre.

—Llamadla, llamadla—dijeron.

En efecto; poco después entró en la gran cocina una vieja, algo más vieja que lo que la figurita referida parecía, y tomó asiento frente a la fogata de la cocina.

—¡Ya lo creo que soy yo! Como que don Marcelo, que esté en gloria, hizo esa figura por mí, sirviéndole, como él decía, de modelo. —¡Ay qué gentes eran aquéllas! ¡Qué casa más cristiana! No llamaba allí ningún pobre que no fuera socorrido; dos hijos eran, uno santo, el otro se fue a correr largas tierras y ha andado por la mar, como el señor Miguel, y aún estará ¡quién sabe dónde! Dios le guarde, que bien se lo pido todos los días; porque doña Magdalena, su madre, siempre me amparó y ella me dejó la pensión con que vivo, y así, todos, todos los días pido por ella y por los suyos, y ganas me dan al ver ese

monigote de ponerme a rezar por la que fue madre de los pobres.

Entonces el que rompió a llorar fui yo; prodújome una impresión profunda ver que existía en el mundo un alma que perpetuamente vivía recordando a la de mi madre, y de un modo más elevado y más grande que yo la recordaba, y lanzándome a besar las escuálidas manos de la anciana, exclamé:

—Yo soy Gonzalo, hermano de Marcelo, que hizo el retrato de usted en esa figurita de barro, y el hijo de doña Magdalena, que en gloria esté, y por la cual no rezará usted sola, que rezaré yo, que rezaremos todos, y yo rezaré todos los días de mi vida.

Memorable será siempre la fecha de aquel día en que ante el Nacimiento, puesto para la fiesta de los niños, se produjo en mi pecho el renacimiento de mi alma.

J. ZAHONERO

